

mente consultó el virrey al Consejo lo que debía hacer se quien se limitó a poner este acuerdo en la comu- nicacion. "Que sea el mismo" de manera que ya no hubo lugar á que los electores nombraran Aun- tamiento.

En aquella noche Calleja dijo encarándose á la condessa delante de todos sus contertulianos.

—Vaya su excelencia ahora condessa á decir de mi parte á su querido amigo el virrey que he- mos he-

## CAPITULO XXXVI

esta al año el pueblo y durante la Constitucion lo echó abajo la Regencia y como se ha referido á lo

último no queda que decir más que este: ¡VICTORIA!

—Esta sí es una gran desgracia, decía Morelos con el semblante taciturno, dirigiéndose á D. Hermenegildo Galeana que ocupaba una silla á su frente en su despacho en el alojamiento que tenia en Tehuacan, esta sí es una verdadera desgracia.

Al mismo tiempo le mostraba el papel que acababa de recibir en que se le daba una funesta noticia.

Pero como Galeana no sabia leer en carta, le contestó:

—Dígnese su excelencia decirme lo que le han comunicado en ese parte.

—Pues nada menos la muerte de nuestro valiente Trujano. Le habia dado una comision importante para Tepeaca y en el Rancho de la Virgen se dejó sorprender por Samaniego. Bien es que este perdió

mucha gente y salió herido; pero nuestra pérdida es mayor contándose solo al coronel Trujano que era activo y audaz como pocos.

—¿Pues cómo estuvo eso?

—Que no pueden entender los nuestros que deben estar siempre con un ojo al plato y otro al garabato, le contestó Morelos. Es el caso, segun me dicen aquí, que Trujano se detuvo con sus cuatrocientos hombres en el Rancho de la Virgen para atacar al dia siguiente á lo que llaman vanguardia del Ejército del Sur, compuesta de doscientos marinos, trescientos del batallón de Guanajuato y cien lanceros de San Luis, mandada por el teniente coronel D. Saturnino Samaniego, cuyo ataque habia de ser en falso, mientras otras fuerzas nuestras se apoderaban de Tlacotepec, y que llegado allí tuvo á bien echarse á dormir á pierna suelta, dejando que Samaniego le madrugara, como suele decirse, atacándole en sus mismas posiciones. Entonces Trujano se defendió como tigre tomando las alturas, pero le quemaron la tienda en donde estaba, se ahogaba con el humo, tuvo que salir peleando y cayó muerto á balazos los mismo que otros de los que le seguian. Ahora lo que falta es que tambien derroten otra fuerza de trescientos hombres que mandé en su auxilio á las órdenes de Sesma.

—No, conozco á Sesma, contestó Galeana, y no se dejará sorprender.

—En fin, uno menos de nuestros compañeros y amigos, dijo Morelos suspirando, y ahora despues de dar sepultura con todos los honores á su cadáver, lo

mismo que al del capitán Gil que también murió, nos ocuparemos en vengarle.

—¡Cómo! ¿pues acaso van á venir aquí esos cadáveres?

—Sí, señor general, porque lo curioso es que Samaniego huyó después de su victoria abandonando el campo y por eso me temo que haya sido con malicia para caer sobre Sesma.

No sucedió lo que temía el cura Morelos, sino que Sesma volvió con toda felicidad y á los cadáveres de Trujano y Gil se les hicieron en Tehuacan los honores militares con toda pompa.

—Ahora alistémonos para salir de aquí mañana, dijo á los gefes que lo acompañaron al entierro, sin manifestarles cuáles eran sus proyectos.

Pasó en su nueva correría por San Andrés Chalchicomula y adelantándose con una escolta se le presentó repentinamente en Ozumba al insurgente Osorno que le tenía unas ciento diez barras de plata procedentes de Pachuca, que dicho guerrillero no entregaba esperando que se esclareciera bien el horizonte de Morelos.

—Ahora que tenemos esta plata que andaba volando, dijo el cura á su inseparable Galeana luego que se le incorporó, vamos viendo si le damos un golpecito al convoy, que segun noticias que tengo, está para salir de Amozoc.

—Muy bien pensado, le contestó Galeana con los ojos brillantes de alegría, porque nada le alegraba á

este tanto como tener que combatir, y al efecto me ofrezco á partir inmediatamente.

—Poco á poco, se apresuró á decir Morelos, ahora el caso que se nos presenta es un poco peliagudo.

—¿Cómo? preguntó Galeana para quien en la guerra no habia casos peliagudos.

—Segun los informes exactos que tengo, viene mandando el brigadier Porlier la fuerza que lo custodia y esta pasa de mil quinientos hombres, entre los que se cuenta el bravo batallón de Asturias, en tanto que nosotros apenas tenemos novecientos soldados escasos.

—¿Y qué importa? Si no podemos vencer, nos retiramos.

—En eso confio la estratagema. Ellos no pueden abandonar las mulas que pasan de dos mil y nosotros podremos retirarnos en caso de mal éxito sin que nos ofendan. Mi objeto, al comunicarle á usted desde luego este plan, es para que marche con doscientos caballos á ocupar la retaguardia del convoy cuando yo aparezca por el frente y de este modo podremos conseguir que se desconcierten y nos dejen cuando menos algunas armas y prisioneros. El ataque lo daremos pasado mañana temprano en el momento en que salga el convoy de Nopalucan.

Hecha así la combinacion y tomadas otras medidas para el caso del mal éxito que Morelos temía, porque todavía su pequeño ejército no estaba en condiciones de resistir una carga de tropas disciplinadas,

dejó partir á Galeana y mas tarde abandonó tambien á Ozumba para acudir al punto fijado.

El primer ataque de Galeana á la retaguardia fué brusco é hizo vacilar á la columna enemiga; pero como solo podía con tan pequeña fuerza llamar la atención, luego que se le echaron encima mas tropas de las de reserva, se limitó á escaramucear, dando tiempo á que Morelos cayera por el frente como lo hizo el cura con la decision que acostumbraba; pero los realistas iban bien prevenidos y ademas tenían casi doble número de fuerza, por lo que hubo de desistirse de ganar mayores ventajas, limitándose á molestar en su marcha al enemigo. El valiente cura Tapia, que era un coronel insurgente de los mas temibles, murió en la refriega, y Morelos, despues de conseguir su objeto que era foguear á su nueva tropa acostumbrándola á los peligros, tomó el camino de Tehuacan á donde llegó con su cargamento de plata y con algunos más fusiles de los que habia sacado.

Morelos, que tenia otro plan mas vasto para hacerse de nuevos elementos y extender con mas fruto sus operaciones militares, dedicó unos cuantos dias á reponer sus tropas y contando ya con algo mas de mil hombres, en momentos en que lo creían destrozado, salió con toda precipitacion ocultando sus marchas y el 29 de Octubre se presentó ocupando el cerro del Carnero frente á Orizaba. Dispuso sus tres columnas de ataque que se lanzaron sobre los parapetos enemigos; la guarnicion realista hizo una resistencia vigorosa durante dos horas, hasta que fué ven-

cida al arma blanca, teniendo que huir el coronel D. José Antonio Andrade que la mandaba con unos cuantos que escaparon á Córdoba, perdiendo seis cañones, mucho armamento y buen número de prisioneros.

En el parte que Morelos rindió á la Junta Suprema, le decia entre otras muchas cosas: "En la quema de tabacos de Orizaba, que se componia de catorce millones almacenados, hemos quitado siete años de guerra, que sin duda nos mantendria el enemigo con estos fondos."

Y en lo confidencial dijo á Galeana:

—Ahora sí hemos vengado ampliamente la muerte y derrota de Trujano.

Arregló el gobierno de Orizaba, dejándolo sostenido con una guarnicion de cuatrocientos hombres y con ochocientos y toda su nueva artilleria que ya se componia de once cañones, salió el 2 de Noviembre para su cuartel general; pero en el camino, esto es, cerca de Aculcingo, se encontró con un ejército realista formidable que venia á batirlo, mandado por el brigadier Avila, en el cual iban los cuerpos más floridos llegados de España y salidos de México y Puebla, formando un total de mas de tres mil hombres.

—Mal encuentro tenemos, dijo Morelos á los gefes que tenia mas inmediatos; pero no hay más remedio que combatir, aunque sin esperanza de alcanzar la victoria. Vamos á hacer lo que podamos y en último caso nos vamos á la desbandada á reunirnos en el pueblo de Chapulco.

Despues de comunicadas á cada cual sus instruc-

ciones, tomó el mejor punto en las cumbres que dominaban el camino que traían los realistas y formó dos líneas, colocando en la primera y en el centro toda su artillería.

Los realistas cargaron con dos columnas y una de ellas fué rechazada, perdiendo sus caballos el teniente coronel Moran y Manuel Flon, el hijo del conde de la Cadena que había heredado el valor de su padre; pero la otra siguió de firme y logró desbaratar la primera línea de los insurgentes quitándoles toda su artillería. Entonces siguió el combate mas reñido en la segunda que mandaba Morelos en persona, pero sus soldados vieron caer á Galeana en los momentos en que daba una magnífica carga de caballería y comenzaron á desbandarse creyendo que ya habían hecho lo suficiente, llevándose consigo todo el cargamento.

Galeana, pié á tierra, estuvo á punto de ser cogido prisionero, debiendo su salvación á la gran serenidad de ánimo que desplegaba en los lances mas apurados, pues que confundido entre el enemigo, logró ocultarse, antes de ser conocido, en el hueco de un árbol.

Aguila, segun la costumbre, dió el parte de que había acabado con Morelos y siguió adelante para hacer su entrada triunfal en Orizaba, mientras el cura derrotado reunía á sus dispersos en Chapulco y entraba otra vez á Tehuacán casi con la misma fuerza que había sacado de esa plaza. Inmediatamente ordenó al cura Matamoros y á D. Miguel Bravo que se le incorporaran con sus fuerzas y reuniendo en

menos de ocho dias cerca de cinco mil hombres y cuarenta coñones de todos calibres, emprendió una marcha oculta por senderos extraviados para realizar un gran proyecto que de tiempo atras meditaba, mientras que en México estaban celebrando con toda pompa su total destrucción.

Cuando se tuvieron noticias nuevas de los movimientos de Morelos era porque estaba tocando con todo su ejército á las puertas de Oaxaca.

Ejercía la autoridad superior en esta provincia el teniente general D. Antonio Gonzalez Saravia, que habiendo desempeñado el empleo de Presidente de Guatemala se dirigía á México para recibir el mando de las armas como comandante general, segun la Constitución de Cádiz, quedando al virey el político, y no habiendo podido realizar su viaje para llenar ese objeto á virtud de estar interceptados todos los caminos, aprovechó tal circunstancia Venegas para dejarlo allí encargado del gobierno de Oaxaca. Aunque había pedido con insistencia refuerzos no le habían podido llegar porque eran destruidos en el camino unas veces y otras porque no los había ó no se creían necesarios, de manera que se vió precisado, cuando se le anunció el peligro, á servirse para la defensa, de los elementos que le proporcionaba la provincia, que no eran pocos, principalmente unidos á los de Guatemala y á los destacamentos que habían ido replegándose hasta la plaza, aprovechando la lentitud con que Morelos iba aproximándose, principalmente á causa del rio de "Las Vueltas,"

en el que tenía que pasar sus cañones en brazos de los indios. Saravia, por lo mismo, contaba con cerca de tres mil hombres bien armados y municionados, con treinta y seis cañones de diversos calibres fundidos por un catalán inteligente, con granadas, diversos proyectiles y gran cantidad de víveres, pudiéndose decir que nada le faltaba para hacer una heroica resistencia. Además contaba con los restos de la tropa que había escapado Régules de Huajuápan y la Mixteca lo mismo que con buenos guerrilleros.

Antes de entrar en combate tenemos que referir un gracioso incidente. El obispo Bergosa, nombrado ya arzobispo de México y que esperaba para marchar á su destino la compañía de Saravia, le dijo á este luego que se anunció el peligro:

—No hay cuidado, aquí estamos todos para defendernos de esas chusmas desordenadas que trae el cura Morelos.

Y á renglón seguido formó un batallón escogido de sacerdotes y comerciantes, dispuestos todos á vender caras sus vidas. Les dió organizacion y los estuvo paseando por la ciudad para dar un ejemplo patente de entusiasmo y de bizarria. Hizo más: arengó á los soldados reunidos llevando una espada en la mano y diciéndoles que sería muy cobarde el que cejara ante un enemigo tan despreciable como Morelos.

Pues bien: luego que las primeras guerrillas salidas de la plaza para molestar á los insurgentes volvieron derrotadas informando que el enemigo se presentaba

en gran número y bien organizado, dijo á Saravia aparentando cólera, si bien con la voz temblorosa de puro miedo:

—Mañana yo los escarmentaré.

Al día siguiente que mandó Morelos la intimacion acostumbrada, el gefe realista mandó llamar á su Ilustrísima para tratar el punto.

—El señor arzobispo se ha ido anoche del convento de Santo Domingo, le contestó el ayudante.

—No es posible, exclamó Saravia mudando de color.

—Puede vuesencia mandar preguntar al convento en donde el mismo prior me ha dicho que á las once de la noche en punto su Ilustrísima con su familia y caudales y con una escolta de treinta hombres armados, ha salido camino de Tehuantepec.

El primer pensamiento de Saravia fué mandar al alcance del prófugo para hacerlo combatir por la fuerza, pero le dijeron que ya debia ir muy lejos porque llevaba muy buenas bestias y se conformó con recomendar el secreto sobre la escapada del arzobispo, á lo que le replicó tambien el oficial:

—Es inútil que se tome ese trabajo vuesencia, porque ya lo sabe toda la poblacion.

—¡Bah! contestó el general en gefe, pues lo que siento es que ya se pasaron las tres horas para contestar á Morelos siquiera con un insulto á su intimacion.

En efecto, habiendo visto el gefe insurgente que trascurrieron hasta cuatro horas sin que le contesta-

ran, mientras andaban buscando al arzobispo, resolvió dar el ataque que comenzó á las once de la mañana. Al efecto destinó una parte considerable de sus fuerzas á cubrir las retiradas que podían tomar los sitiados formando con el resto tres columnas de ataque, mandada la una por D. Ramon Sesma con orden de tomar el fortin y convento de la Soledad, la otra por Matamoros con la prevencion de entrar á la ciudad por la calle del Marquesado que estaba bien defendida por altos parapetos y la tercera quedó al mando del mismo Morelos para acudir á donde creyera conveniente. La artillería de Sesma la mandaba Terán é hizo sus disparos con tanto acierto que á poco abrió gran brecha por la cual se precipitaron los asaltantes huyendo Régules, que era el comandante del punto, á ocultarse en el convento del Cármen. El puente levadizo que comunicaba con la ciudad fué tambien abandonado por el coronel Bonavía, que hizo como sus compañeros y en seguida un cañon del enemigo le bastó á Terán para barrer la calle por donde se dispersaban los realistas. Al mismo tiempo Matamoros con su columna y Galeana con otras que habia destacado Morelos, atacaron el primero el convento del Cármen y Galeana á Santo Domingo, en donde encontraron tenaz resistencia, principalmente por parte de los religiosos españoles abandonados por Bergosa que desde las alturas hacían un fuego mortífero; pero tanto uno como otro lograron rendir á los defensores de los respectivos puntos haciendo gran número de prisioneros.

Gonzalez Saravia quiso hacer una última é inútil tentativa poniéndose al frente de la caballería europea, que parecia tener buen ánimo de combatir, y arengándola se lanzó espada en mano contra los insurgentes; pero se encontró con Morelos que entraba de refresco y el cual con la habilidad y calma que acostumbraba, los puso muy pronto en derrota, teniendo tiempo apenas el gefe realista para correr á ocultarse en una casa.

En menos de tres horas concluyó este combate, que no dejó de tener magníficos episodios, "en términos, dice Morelos en sus declaraciones, que á las dos de la tarde dictaba sus disposiciones en la plaza mayor, y á las tres comía en la casa del español Gutierrez."

"Morelos, en esta ocasion, dice Alaman, manifestó como en todas, aquel valor calmoso, sin entusiasmo, sin ardimiento, que era su carácter: colocado cerca de la batería desde donde Terán estaba batiendo el fortin de la Soledad, las balas con que el fortin respondia pasaban cerca de él mientras almorzaba, pues siempre en las grandes ocasiones y en los mayores peligros su apetito se despertaba, y no hizo mas que apartarse un poco, sin dar muestra alguna de alteracion."

Estaba aun comiendo Morelos esa misma tarde, cuando se le presentó el cura Matamoros llevando del brazo á un individuo muy pálido.

—¿Quién es este? le preguntó el caudillo de los independientes.

—Este es Régules, el que tanta gente nos ha matado, lo encontré en el convento del Cármen oculto dentro de un cajón de muerto.

—Es miedoso el señor coronel realista, contestó Morelos riendo, mande su señoría que lo coloquen en lugar seguro.

Apenas había salido Matamoros cuando entró Galeana con otros dos prisioneros.

—¿Quiénes son estos? le preguntó Morelos.

—Son los gefes Bonavia y Aristi que señalaron hace poco un precio por nuestras cabezas: los encontré ocultos en los cajones de la despensa de Santo Domingo.

—Antes estuvieron de buenas y ahora de malas, le respondió sonriendo el cura, mándelos su señoría con los demas presos.

Poco despues le presentaron al mismo Saravia vestido muy pobremente y envuelto en una sábana.

—¿Quién es este? preguntó.

—Es el general Saravia, gefe de la plaza, le contestó Sesma, que trataba de escapar disfrazado por el camino que va á Tehuantepec.

—Señor general, dijo Morelos levantándose y guardándole todas las consideraciones, siento mucho esto que ha pasado á su señoría. Sírvase, agregó el cura dirigiéndose á Sesma, reunirle con sus compañeros.

—Yo daria una gran suma por mi libertad, dijo aquel deteniéndose, yo prestaria quizás grandes servicios.....

—¡Oh, señor! le contestó Morelos, no es ya este el momento oportuno de entrar en estas pláticas.

E hizo señal á Sesma de que se lo llevara.

Como las cosas estaban muy calientes, mas de trescientos europeos entre gefes, oficiales y voluntarios fueron condenados á muerte; pero Morelos, cediendo á los ruegos de la poblacion, otorgó el perdon á los trescientos y permitió que se ejecutara el fallo en los cuatro gefes principales.

Estaban expuestas en picas las cabezas de los insurgentes López y Arrieta y enterrados en un campo cercano los patriotas Palacios y Tinoco. Morelos los mandó exhumar y por su orden el cabildo eclesiástico les cantó una solemne misa de requiem, haciéndoseles despues un entierro suntuoso.

Por la noche, cuando le estaban sirviendo la cena sus fieles criados y leales compañeros Colás y Francisco, les dijo con su buen humor de costumbre:

—Cuando á mí me fusilen no habrá modo de que me hagan estas exequias; pero al menos me irán á rezar una oracion, muchachos.

Ambos insensiblemente sintieron que se les deslizaron dos lágrimas.